

EQUILIBRIO ENTRE CERCANÍA AFECTIVA Y OBJETIVIDAD: UNA BÚSQUEDA EN LAS CIENCIAS DEL COMPORTAMIENTO

Ricardo Mondragón y Gloria Falcón*

*Instituto Mexicano de Psiquiatría
Escuela Nacional de Antropología e Historia

La inteligencia sólo sirve para
plantear problemas.
No basta para resolverlos.
Jean Piaget

El trabajo que hoy sometemos a su consideración plantea una serie de interrogantes e inquietudes que han surgido a la luz de nuestro quehacer profesional. En este sentido es un intento de resumir nuestras ignorancias y dificultades más que nuestros conocimientos y certezas, mismas que compartimos en tanto que la antropología y la primatología son finalmente ciencias del comportamiento.

Es también un trabajo sobre el abuso de la ciencia, el cual presenta dos caras: una se refiere a cómo la sociedad recurre a la ciencia para justificar sus prejuicios; y la otra, a cómo el quehacer científico no puede librarse del entorno social y personal que condiciona, y llega a limitar su metodología y, usualmente, sus resultados. En este contexto presentamos algunos aspectos de la teoría biológica sobre el estudio de este concepto intangible y complejo que es el comportamiento.

Una de las inquietudes centrales, que compartimos primatólogos y antropólogos, en tanto estudiosos del comportamiento humano, surge de la definición de nuestro quehacer como "ciencia". Si revisamos el *Diccionario de la Real Academia Española* encontramos la siguiente definición: "Ciencia: conocimiento cierto de las cosas por sus principios y sus causas", y para definir ciencias exactas: "las que

sólo admiten principios, consecuencias y hechos rigurosamente demostrables”.

Después de lo anterior admitiremos que, en efecto, tanto la primatología como la antropología pueden aspirar a acceder al conocimiento del comportamiento por sus principios y sus causas. Sin embargo, la segunda definición nos aleja del prototipo ideal de ciencia, esto es, el que puede apelar a un conocimiento más certero según las reglas del método científico.

Es común que los trabajos de corte antropológico y primatológico pretendan aproximarse a este modelo científico recurriendo a los procedimientos de la física, como paradigma de ciencia dura.

La cuantificación, concretamente la medida, aparece como el medio privilegiado para obtener el estatus de ciencia. Un camino peligroso desde el momento en que las leyes legítimas son aquellas cuya metodología conduce a la verificación por la medida. La instrumentación, la manipulación y la propia medida se transforman en partes constitutivas e ineludibles de lo real. Así, la medida es un elemento que nos permite seleccionar la realidad que puede ser conocida de la que no puede serlo. Lévy Strauss señala que la ciencia cumple una función similar a la de los mitos, es un discurso que legitima, explica, regula y clasifica el entorno para conformar una representación simbólica o cosmovisión de un grupo determinado.

Es así como el discurso científico lleva implícita una taxonomía que jerarquiza a las ciencias, ubicando a las que se ocupan del comportamiento en uno de los escalones más bajos.

Si queremos asumir una actitud científica, tendremos que descubrir algunas regularidades que nos permitan explicar el porqué de este estado de cosas. Al hacer una revisión histórica para saber el orden con el cual diferentes campos del conocimiento se hicieron científicos, encontramos que el mayor o menor interés afectivo es un elemento decisivo para adquirir el estatus científico. Para ilustrar esto, Devereux señala:

No es casualidad que los tres hombres que más radicalmente modificaron nuestro concepto de hombre en el universo—Copérnico, Darwin y Freud—nacieran en este orden. Era más fácil ser objetivo acerca de los cuerpos celestes que del hombre en tanto organismo, y esto más fácil que la objetividad acerca de la personalidad y el comportamiento del hombre. Esta actitud revolucionaria

sólo se hizo psicológicamente tolerable después de que Copérnico y Darwin revaluaron el lugar del hombre en el cosmos y el plan de la vida.

Así el interés afectivo del hombre por los fenómenos que estudia le impide con frecuencia ser objetivo en relación con ellos.

Los campos de conocimiento que están más involucrados con el comportamiento se enfrentan a esto como primer problema para ser científicos, pues existe un mayor interés emocional en el hombre que en los objetos materiales. Una segunda diferencia, que representa a su vez un problema, es el hecho de que los fenómenos físicos están determinados por un número de variables relativamente fáciles de cuantificar, mientras que el comportamiento del hombre y los primates sólo puede entenderse en función de variables muy complejas de evaluar.

Hasta este punto es posible que hayamos generado la impresión errónea de que la objetividad es imposible de conseguir en la investigación de las ciencias del comportamiento, y que para reducir las deformaciones debidas a la subjetividad debemos recurrir a técnicas que nos permitan construir una barrera entre nosotros y nuestros sujetos. Este enfoque olvida que si bien existen varias formas de "corregir" algunas distorsiones causadas por la subjetividad, en el momento que interpretamos los datos recabados, las decisiones son tomadas con subjetividad y como respuesta a las mismas angustias que enfrentamos cuando no hay nada que aisle al sujeto. Con esto no pretendemos descartar las técnicas de cuantificación como instrumento de análisis, sino solamente resaltar el hecho de que crean la ilusión de objetividad. De hecho lo que logran es posponer el momento preciso en que aparece el elemento subjetivo, la decisión del investigador.

Si pretendemos arrojar alguna luz sobre lo que hay de vivo en los organismos y de humano en el hombre, es necesario rescatar información de calidad acerca de los hechos que observamos y no restringirnos a la recolección de datos cada vez menos pertinentes, periféricos, secundarios y aun irrelevantes que poco ayudan para lograr una mejor comprensión de los fenómenos que estudiamos.

EL CASO DE LA PRIMATOLOGÍA

Mantener un equilibrio entre las condiciones verificables y la subjetividad que se manifiesta en la investigación, no ha sido tarea fácil

en campos del conocimiento como la antropología y la primatología. En esta última, los primeros estudios que se reportaron tomaban preferentemente como unidad de análisis al individuo; ejemplo de esto es el énfasis que se hacía en el papel del “macho alfa” en algunas especies de primates, como eje regulador de las jerarquías y relaciones sociales de la banda. Interpretaciones de este tipo se hicieron a fines de los cincuenta y principios de los sesenta, pero conforme ha ido avanzando este campo de conocimiento y ha sido posible acumular datos de estudios longitudinales, muchos investigadores han modificado su punto de vista y toman como unidad de análisis las matrilineas, ya que ésta permite estudiar otros elementos más sutiles de la conducta. En cuanto a las relaciones de “poder” se ha desmitificado el papel “dominante” que se asignaba al macho alfa, resaltando el papel que desempeñan los fuertes lazos entre madre e hijo y entre hermanos de una matrilinea y la transmisión de conductas novedosas en el grupo, o cómo del buen trato que el macho dé a los críos de una hembra puede depender el acceso sexual a ella, sin necesidad de grandes despliegues de violencia.

También nos enfrentamos con frecuencia a una multiplicidad de criterios que se emplean en la definición de unidades de comportamiento a estudiar; dichos criterios se clasifican en dos grupos: funcionales y morfológicos. El primero hace referencia a una unidad conductual a partir del objetivo alcanzado por un comportamiento. La definición que se basa en tal criterio es cómoda, cuando uno se enfrenta a movimientos complejos seguidos de una consecuencia unívoca, como es el grito de alarma que suscita la huida de los congéneres; entonces se pueden agrupar comportamientos en formas muy diversas o bien distinguir movimientos idénticos, ya sea que se dirijan o no a un miembro de la especie, o según las características del destinatario: edad, sexo, etcétera. La dificultad radica en que, con frecuencia, el comportamiento tiene potencialmente diferentes funciones o una desconocida; entonces es necesario describirlo sin referirse a ella, sino como aparece: bostezar, rascarse la cabeza, etcétera. Esto nos obliga a determinar la extensión de la variación de una unidad conductual y a plantearnos la pregunta: ¿en qué momento hay que agrupar movimientos parecidos?, ya que muchos comportamientos se manifiestan más en la duración que de manera instantánea. Sostener la mirada por un tiempo prolongado no tiene el

mismo significado que una ojeada rápida. Para enfrentar estas dificultades, los primatólogos toman un acuerdo entre varios observadores a manera de elemento que les permita tener cierta objetividad en sus interpretaciones. Este recurso resultaría mucho más valioso si se explicitaran las condiciones subjetivas de la dinámica particular en las relaciones interpersonales de trabajo, que son una parte fundamental para contar con una imagen más precisa de la situación que se observa en un primer acercamiento, y de la interpretación de los datos que se hace en un segundo momento.

EL CASO DE LA ANTROPOLOGÍA

Una de las características más relevantes de la antropología es su interés por rescatar información de calidad que, si bien no resulta objetiva en el sentido ortodoxo, ofrece valiosos elementos para interpretar la realidad. Técnicas como la observación participante, las historias de vida o la redacción de un diario de campo son elementos que enriquecen la investigación. Así, podemos estar o no de acuerdo con el enfoque teórico de Oscar Lewis, pero no resulta fácil negar la importancia de su trabajo para comprender la dinámica de vida en condiciones de pobreza. En el mismo orden de ideas, uno de los problemas más inquietantes en la antropología: el proceso de hominización, ha generado una serie de modelos explicativos que están cargados de prejuicios y preconcepciones del deber ser del hombre. Así, una queja que se comparte con algunas feministas es el hecho de que en muchos de estos modelos el papel de la mujer aparece como secundario y en algunos otros como periférico al desarrollo de nuestra especie. En el caso opuesto se encuentran los modelos, recalcitrantemente feministas, que consideran que la mujer fue quien desempeñó un papel fundamental en el desarrollo de la humanidad. Es en este momento cuando el análisis de la situación histórica, social, étnica y personal del investigador que interpreta los datos influye de manera decisiva en la construcción del discurso científico. Al respecto, el trabajo de Jay Gould cumple una función desmitificadora en el campo de la biología en general y de la antropología en particular.

En últimas fechas los datos que nos aportan los diarios personales de antropólogos en el campo, escritos paralelamente a sus diarios de

trabajo, nos acercan más a la esencia de la situación observacional, porque describen el problema contextual del descubrimiento. La sistematización final de los resultados de una investigación interfiere de manera frecuente con los azares del descubrimiento, que para muchos científicos llega a ser sinónimo de desprestigio o pérdida de credibilidad.

Sin embargo, la experiencia demuestra que la ciencia no es una construcción permanente de aciertos, sino que el apredizaje de los errores y el reconocimiento de las limitaciones del alcance de los estudios plantean a su vez nuevas interrogantes que nos conducen hacia nuevos enfoques.

En la enseñanza de la antropología reconocer este proceso lleno de accidentes, por medio del cual se ha desarrollado nuestra ciencia, es un punto de partida obligatorio si queremos formar profesionistas en el sentido amplio de la palabra, esto es, si deseamos propiciar una mirada antropológica de la realidad. Pero no basta con la información, es necesario desarrollar las habilidades, las cuales se logran en el ejercicio de la investigación, que, dicho sea de paso, es un proceso del que se dice nos permite conocer las regularidades que se presentan en la realidad, pero que desde otra óptica logra que el investigador conozca mucho de sí mismo, ya que finalmente es una vivencia.

Hablar de equilibrio entre cercanía afectiva y objetividad no es un problema sólo de la primatología o de la antropología, sino que involucra a otros campos del conocimiento que intentan una mejor comprensión de los fenómenos que se relacionan con el comportamiento, como es el caso de la psicología o la medicina. Nosotros sólo queremos puntualizar la importancia de la apreciación subjetiva del investigador, no como un mal necesario, sino como una parte enriquecedora de la propia investigación.